

en el ánimo de quien lee o escucha. Las numerosas y aun opuestas lecturas permitirán igual variedad de interpretaciones (9).

Así, si respecto a *Poemas de la consumación* pudo hablarse de un escepticismo epistemológico, ahora, en *Diálogos del conocimiento*, nos asomamos a un modo de relativismo gnoseológico-vital, esto es, ejercido desde la vida integral (pues no es ya sólo un hombre «cerca-no a la muerte» quien en ellos habla) y, por tanto no excluidor de sus imperativos. Hay también algo más sutil, y ello es la matización ratificadora que sólo hace muy poco prometí. Vimos que en estos *Diálogos* no hay, estructuralmente, una progresiva intercomunicación entre las respectivas propuestas de los hablantes. Sin embargo, se adivinan en esas propuestas—y no sólo en el muy obvio caso de «Aquel camino de Swann», donde ocurre más un desdoblamiento que un discurso paralelo y polar—unos muy finos vasos comunicantes entre los dos portadores de las diferentes verdades, o versiones relativas de la verdad; o sea, entre esos dos hablantes. Con mayor claridad: que, por fugaces momentos, vienen esos hablantes a coincidir; y tales descubrimientos son unas de las delicias mayores que los poemas reservan a quien los recorre cuidadosamente. Diríase que el autor percibe como igualmente dogmática cualquier oposición que se alzase como tajante y excluyente, y sobre esta convicción va entrelineando esta otra más firme confirmación de la relatividad del conocimiento: no hay verdad absoluta, ni aun dentro de aquel que crea profesar conscientemente la suya, y la defiende como tal. Siempre esa verdad personal estaría minada por aquello que la vida opone a la razón, el azar a la conciencia, y donde ese alguien tal vez ni se reconocería si tratase de ser consistente o coherente con la hipotética certeza que supone haber alcanzado. Estas incidentales «concepciones» que se deslizan de uno a otro personaje en los *Diálogos* dan pie para ver en ellas, y del modo más patente, la marca humana de lo que en términos de pura lógica sólo podría entenderse como flagrante contradicción. Aunque ya forzosamente adelantada varias veces tal cuestión, se impone acercarse ahora, de más directo modo, a este significativo aspecto de la poesía reciente de Aleixandre. (En ade-

---

(9) Ramón Xirau, en su libro citado en la nota 2, apunta otro nivel de la posible relación entre poesía y conocimiento: aquel que se produce en el (multiplicado) colaborador o recreador del acto poético, o sea, el lector, los lectores. Y de ese nivel dice: «... entender el poema mediante una lectura personal que si es profunda podrá muchas veces descubrir lo que el poeta mismo a veces ignoraba haber escrito» (*Poesía y conocimiento*, p. 29). Y si, como recordamos, el conocimiento poético está en las palabras pero también *más allá* de ellas, ese *más allá* configura un territorio de posesión plural para todos los que a él accedan. Sin calificar de profunda mi lectura de Aleixandre, tanto ésta como la de los otros críticos con los cuales parcialmente coincido (y a quienes en alguna ocasión literalmente citaré) pueden ser nuestra paralela aventura hacia el conocimiento, emprendida desde este otro nivel no menos inquietante de lectores.

lante combinamos, en las ejemplificaciones, pasajes de ambos libros; por lo cual en la identificación añadimos, para distinguir respectivamente su procedencia cuando sea necesario, las siglas *PC* para *Poemas de la consumación* y *DC* para *Diálogos del conocimiento*.)

Conocer es fenomenológicamente, de aquí se partió, «aprehender» un objeto de la realidad y trasmutarlo sólidamente a un dato —a unos datos— de la conciencia. Si ese objeto es complejo, heterogéneo, plurivalente e irreductible —la vida—, el proceso cognoscitivo hacia él dirigido está destinado a un seguro extravío por un sinfín de laberintos. De aquí la raíz de las múltiples contradicciones alógicas de estos dos libros últimos de Aleixandre, y las de mayor relieve son las que pretenden condensar en aparentes aforismos aquella dialéctica entre «conocer» y «saber» que emergía desde *En un vasto dominio*. Guillermo Carnero ha tratado de descodificar esa aforística nebulosa dialéctica concluyendo que el poeta emplea *conocer* para implicar el impulso dinámico hacia la verdad que es menester y oficio de la juventud; y por ello lo opone a *saber*, como designativo de ese conocimiento ya adquirido y sustanciado a posesión estática e inútil, único don irónico de la vejez (10). Recuérdese que, aun advirtiendo allí que ello se asumía sólo de modo provisional (pues sabía ya que a este planteamiento más riguroso de ahora íbamos a llegar), de esa misma distinción se partió, como andadura, muy al principio de este ensayo. Glosando a Carnero, y no ciertamente traicionando a Aleixandre, convinimos entonces en que conocer —o lo que a tal impele: la ignorancia o la duda— será así signo de vida; saber, de todo lo que a la vida niega. En verdad que el poeta los maneja de ese modo casi arquetípico en múltiples ocasiones, y acaso la instancia en ese sentido más doctrinal sea esta: *El hombre duda. El viejo sabe. Sólo el niño conoce* («El cometa», *PC*, II, 59); y quien se interese por un repertorio casi completo de tales postulaciones, debe consultar el inteligente estudio de Guillermo Carnero.

Sin embargo, la ecuación formulada por éste parecería más bien nacida del empeño (occidental digamos) de poner orden y luz en lo confuso e indistinto. Porque Aleixandre transgrede voluntariamente esa misma ecuación en un número de veces que me temo no puedan considerarse excepción, ni aun en el alcance *extensivo* (englobador del opuesto: *saber* como saber + conocer, por ejemplo, y viceversa), que Carnero meticulosamente observa pero que él considera sólo como «ocasional». Reproduzco sólo algunas ilustraciones de esa transgresión. Una, que semejaría desmoronar ya en su base la cuidada ar-

---

(10) Véase Guillermo Carnero: «"Conocer" y "saber"», en *Poemas de la consumación* y *Diálogos del conocimiento*, de Vicente Aleixandre, en *Vicente Aleixandre*, ed. José Luis Cano (Madrid, serie «El escritor y la crítica», Taurus, 1977), pp. 274-282.

quitectura dialéctica al sostener que *Saber es conocer* («Conocimiento de Rubén Darío», *PC*, II, 67). Y en este mismo poema, aunque dicho crítico señala la sentencia *Quien vive, sabe*, como ejemplo de ese uso extensivo mencionado (por el cual *saber* puede englobar a *conocer*), la negación que tal enunciado opone a las tantas ocasiones en que *saber* es esgrimido como sello de muerte —v. gr.: *Ignorar es vivir. Saber, morirlo* («Ayer», *PC*, II, 84); *Conocer es amar. Saber, morir* («Los amantes viejos», *DC*, II, 121)—, la negación, decía, es tan tremenda que difícilmente puede ser asimilada a un incidental desvío de la programada «teoría» cumplida en otros casos (11). Una transgresión más: *Saber es alentar con los ojos abiertos* («Sin fe», *PC*, II, 49), cuyo predicado —«alentar con los ojos abiertos»— debía corresponder más bien a *conocer* puesto que *saber* es, casi sistemáticamente, sinónimo de muerte. Y esta última, para cuyo entendimiento como transgresión hay que advertir que en la hipótesis que aquí discutimos, *mirar* es, tal en Gracián, atributo o condición de la voluntad de conocimiento: *Quien no mira, conoce* («Esperas», *PC*, II, 766). Otras numerosas ejemplificaciones podrían aquí traerse, pero lo observado parece suficiente para nuestros propósitos. No obstante, ¿se quiere con todo esto —que no supone rechazar de plano la atinada y paciente teorización de Carnero— significar que en la intuición germinal del poeta no estuvo esa impecable distinción entre *saber* y *conocer* propuesta por el crítico? Remedando el propio estilo sentencioso y antinómico de Aleixandre en estos libros, aventuraríamos que aquella distinción *estuvo pero no está*. O sea que tal matización afloró como principio racional un día así vislumbrado; pero que no siempre se cumple, sin embargo, en todos los poemas, los cuales recogen la experiencia factual de la vida, donde su autor aprendió que toda objetivación unificadora de la verdad se confunde y autodestruye en su mismo impulso. Todo, al cabo, se relativiza; aún más, hasta aquí: todo se resiste negativamente a amoldarse al nostálgico rasero tranquilizador de esa unificadora urgencia racional del hombre.

Por su parte, Pere Gimferrer ha destacado la preeminencia de lo alógico en estos volúmenes, aunque con prudencia no se ha empeñado en una sistemática conceptualización de sus contenidos, sino que se ha limitado a notariar suficientemente y a aceptar esa alogi-

---

(11) Al hilo de estas reflexiones creo que, particularmente en *Diálogos del conocimiento*, es importante que todo intento de racionalización de las contradicciones *parta* de la posición ante la vida que encarnan los opuestos personajes que tales contradicciones emiten. En ese mismo poema, «Los amantes viejos», *ella*, la crédula, afirma: *Existir es brillar*; y, como un eco invertido, *él*, el otro personaje ensimismado y agónico, proclama: *Quien vive, muere* (*DC*, II, 117). Dije, no obstante, que hay que *partir* de esa dualidad vital de los hablantes; no, como ya antes sugerí en el texto, que tal dualidad resuelva enteramente las contradicciones (pues no son infrecuentes éstas dentro de un mismo «dialogante»).

cidad (12). Cabe ésta ser destacada en el seno de una misma proposición—del tipo de *Quien pudo ser no fue* en vecindad a *Quien fue no ha sido* («Quien fue», *PC*, II, 53)—, pero con mayor frecuencia habrá de ser detectada contextualmente dentro del libro o de los dos libros que aquí vamos examinando conjuntamente. Como cuando, por ejemplo, enfrentamos esta afirmación: *La juventud no engaña. Brilla sola* («Límites y espejo», *PC*, II, 74), con esta otra: *La juventud engaña con veraces palabras*, de un texto cercano («Algo cruza», *PC*, II, 71), y que es a su vez contradictoria en sí misma. Incluso es de sugestión alógica su manejo transgresor de la frecuente intertextualidad que se practica en estos volúmenes. Un viejo y querido verso de Alexandre (*Vivir, vivir, el sol cruje invisible*) del poema «Vida», de *La destrucción o el amor* (I, 345), se repite varias veces ahora, unas literalmente, pero en otra, como pudimos observar en uno de los pasajes reproducido de «Dos vidas», de estos *Diálogos*, en su forma opuesta: *El sol cruje hoy visible*. Y Gimferrer, en su estudio, ha ensayado una explicación satisfactoria del uso harto notorio de la propia intertextualidad en esta región de la obra aleixandrina.

Hay incluso momentos altamente reveladores de la impotencia última que esta alogicidad acusa. Así también en «Algo cruza», dos versos parecen darnos la clave del porqué, en el poeta, de esa sistemática despreocupación por tender algún hilo nítidamente racional—el verbo férreamente conductor de ideaciones e intuiciones—que nos brinde algún apoyo en estos suelos movedizos sobre los que estamos siempre a punto de caer. Dicen esos versos: *Obtener lo que obtienes es palabra baldía. / Es lo mismo y distinto* (II, 71). Esta última declaración nos invita, en un primer calado reflexivo al que como lectores «racionales» tenemos derecho, a tratar de ahondar algo más en este alogicismo tan impunemente exhibido. No es, como en los lejanos tiempos de *La destrucción o el amor*, que todo sea, como ya se dijo, «uno y lo mismo»: identificación cósmico-ontológica de totalizadoras proporciones tanto como de positivas resonancias en el ánimo. Ahora, entre «lo mismo» y «lo distinto» (términos por definición inconjugables entre sí), sólo puede concebirse una alógica y en principio poco estimulante sustancia unificadora que los abarque. No será el Ser universal, idéntico a sí mismo e idéntico en todas sus individualizadas concreciones. Más bien sus reversos negativos: la Nada, aquella negra pizarra de Martín-Mairena sobre la que, si a alguna creación se aspira, hay que *borrar primero y dibujar después*. Mas Alexandre tacha incluso esa posibilidad, aunque la documenta:

(12) Pere Gimferrer: «La poesía última de Vicente Alexandre», en *Vicente Alexandre* (libro citado en la nota 10), pp. 265-273.